

El conocimiento de Dios entre los paganos en el pensamiento de san Agustín

RESUMEN

El asunto de que se ocupa este trabajo versa sobre el cuestionamiento teológico de si entre los gentiles había personas que, a la luz de la razón y bajo la acción de la divina Providencia, tenían un conocimiento aceptable del verdadero y único Dios creador del mundo. Este análisis se centra sobre el pensamiento y enseñanzas de san Agustín acerca de estas cuestiones vinculadas con la fe en la voluntad salvífica de Dios. También se aportan algunos datos sobre arqueología que parecen ofrecer datos que pueden apoyar la visión agustiniana sobre esa temática.

Palabras clave: religión, conocimiento, salvación, occidente

ABSTRACT

The subject of this work deals with the theological question of whether among the Gentiles there were people who in the light of reason and under the action of divine Providence, had an acceptable knowledge of the true and only creator God of the world. This analysis focuses on the thought that questions teachings of Saint Augustine on these questions related to faith in the saving will of God. Some data on archeology is also provided which seem to offer knowledge that can support the Augustinian vision on this subject.

ACLARACIÓN PRELIMINAR

Una materia muy relevante y compleja resulta ser la de examinar de qué manera, y a través de la incalculable duración de la prehistoria y los no pocos milenios del desarrollo de las antiguas civilizaciones de la humanidad, se han ido expresando las creencias religiosas de las razas y los pueblos más diversos. Por lo demás estos esfuerzos de investigación no sólo afectan a la teología cristiana que proclama la universalidad de la salvación querida por Dios (cf. 1Tim 2,4-5), sino que también concierne a la constante y meritoria labor de filósofos, historiadores y arqueólogos.

Mi intención en cuanto al presente trabajo no aspira a poner de manifiesto ninguna peculiar novedad en el campo de la patrística ni en el de la arqueología, sino simplemente va destinada a transmitir algunas relevantes manifestaciones que hace san Agustín sobre dicha materia, y al propio tiempo a dar a conocer algunos asuntos que guardan cierta conexión con el tema de la historia de las religiones y que se examinan en una obra muy poco conocida, pero que me parece merecedora de cierto interés. Este libro fue publicada en Menorca el año 1950 y lleva un extenso título claramente expresivo del contenido que el autor se propuso dar a conocer, y que es el siguiente: «Gráfica prehistórica de España y el origen de la cultura europea».

Empezaré dando unas breves noticias sobre dicho autor y ofreciendo el resumen de ciertos temas por él tratados en los que se alude al sentido religioso de los pueblos europeos y especialmente de los habitantes de la península Ibérica y las islas Baleares. Despues de la presentación del autor llamado Waldemar Fenn, de nacionalidad alemana, y de las secciones de su obra que tocan la materia apuntada, pasaré a presentar y comentar algunos textos de san Agustín y de algunos otros Santos Padres de la Iglesia relativos a la materia propuesta.

No se trata de que dicho autor alemán haga en su libro alguna alusión directa a la vinculación de su pensamiento y de sus intuiciones con los escritos y las opiniones de san Agustín, pero sí que hallamos ciertas coincidencias en el análisis de los datos relativos al sentido religioso de los antiguos pueblos del continente europeo, como podremos

comprobarlo al analizar los escritos del santo. De esa realidad sabemos que era consciente dicho arqueólogo y escritor alemán afincado en Menorca, Waldemar Fenn.

Acerca de ello cuento con el testimonio de un sacerdote menorquín ya fallecido, Jaime Cots de Riera, el cual debió mantener alguna relación con el muy culto y afable personaje alemán que era a su vez un notable escultor, el cual, entre otras obras realizó la escultura de la hermosa imagen de la Virgen de Gracia patrona de la ciudad de Mahón. Me comunicó, en efecto, el dicho eclesiástico que el expresado investigador de arqueología prehistórica y de la evolución de las culturas más antiguas, le había comentado que sus afirmaciones coincidían con ciertas constataciones y juicios de san Agustín, especialmente en lo relativo al afianzamiento del monoteísmo en Occidente frente a la sugestión del politeísmo con una gran pluralidad de dioses, imperante sobre todo en Oriente y desde allí difundida por los países de la cuenca del Mediterráneo.

WALDEMAR FENN, CÓNSUL, ESCULTOR Y ARQUEÓLOGO

Este hombre polifacético en cuanto a su cultura y a sus actividades nació en Francfort del Main, la patria de Goethe, el 7 de octubre de 1877. Destacó desde joven en sus estudios y en su habilidad como escultor, de manera que a no tardar se le encargarían trabajos importantes como un busto de Goethe. En 1908 contrajo matrimonio con Sofía Schafer. Fue llamado a filas durante la primera guerra mundial distinguiéndose por su valor, como lo acreditó la condecoración de la cruz de hierro que le fue concedida, pero al propio tiempo se vio afectado por una notable debilidad en su salud que obligó a liberarle de su actividad militar. Sus circunstancias familiares y sus labores artísticas tanto en escultura como pintura le llevaron a habitar en diversas ciudades de Alemania. Nunca dejó de investigar y publicó varios libros, uno de los cuales fue el de «Artes y oficios romanos en Alsacia» y otro «La crisis artística». A fin de poder estudiar detalladamente los abundantes monumentos y restos arqueológicos de la península Ibérica se trasladó a España fijando su residencia en la provincia de Baleares, de lo cual da noticias él mismo en el prólogo de su ya men-

cionado libro «Gráfica prehistórica de España», donde lo expresa de este modo:

En el año 1924 me establecí en Palma de Mallorca para estudiar los interesantes monumentos megalíticos de las islas Baleares y allí recogí gran cantidad de notas arqueológicas. Pero de una visita a Menorca en 1926, resultó que esta isla hermana presenta, por el mayor número y variedad de monumentos, las mejores condiciones para la investigación. Como en el Este del Mediterráneo la isla de Creta, es en el Oeste la isla de Menorca el punto neurálgico, alrededor de los cuales giran los problemas y especulaciones más interesantes de las culturas mediterráneas¹.

Todo ello contribuyó a que a raíz de su visita a Menorca, el arqueólogo y escultor alemán se estableciera, junto con su mujer Sofía Schafer, en Menorca, donde adquirió una finca llamada *El Fanduco*, que se eleva sobre unos peñascos con una hermosa vista sobre el puerto de Mahón. Tal como relata Margarita Caules, hija del mecánico de La Mola que cuando era preciso tenía cuidado del vehículo del Sr. Fenn, éste había venido a España directamente desde Alemania conduciendo su automóvil.

Durante su estancia en Menorca, que perduró hasta su fallecimiento, Waldemar Fenn fue designado Cónsul Honorario de Alemania, y como tal era conocido por los vecinos de Mahón. Además se le valoraba, y con razón, como un escultor muy distinguido y notable por la inspiración artística y perfecta ejecución de sus obras. De él se conservan en la ciudad un voluminoso busto del almirante Augusto Miranda, que estuvo situado muchos años sobre un monolito situado a la vista sobre el puerto de la Estación Naval, monumento que fue inaugurado en 1927. Al haberse restablecido la paz al finalizar la guerra civil, se le ofreció al Sr. Fenn la talla de tres imágenes religiosas que se conservan con gran aprecio y devoción en diversas iglesias. Son al imagen de Cristo yacente en el sepulcro, que se halla en la parroquia más antigua de la Ciudad, que es la de

¹ FENN, W., *Gráfica prehistórica de España y el origen de la cultura europea*, Mahón 1950, Prólogo, p. x.

Santa María; la preciosa talla de la imagen de la Virgen de Gracia, en su santuario, y la del Cristo Crucificado, conocido como el Santo Cristo de La Sangre, en la iglesia de San José. El escultor esculpió estas imágenes sagradas con mucho agrado e inspiración evidente, de acuerdo con la fe cristiana que profesaba.

CULTURA Y RELIGIÓN EN EL OCCIDENTE EUROPEO

La información bibliográfica de la que disponía Waldemar Fenn era amplia y copiosa, como puede comprobarse en su obra publicada en Menorca. Naturalmente que no se pueden valorar sus estudios sin considerar los avances y los métodos de que actualmente se dispone, como es el ventajoso sistema de datación por el carbono 14, la fotografía aérea y otros adelantos en los métodos del trabajo científico. Sin embargo son dignas de atención las intuiciones y la capacidad de síntesis que se aprecian en los estudios y las conclusiones del referido autor.

Sus interesantes investigaciones, que se apoyaban en muy abundantes y detalladas observaciones, junto con el examen y confrontación de un gran número de monumentos e ideogramas con variedad de signos y figuras, así como objetos de culto y veneración, grabados, pinturas rupestres, etc., le condujeron a una de sus principales líneas de investigación respecto de la cultura de los pueblos antiguos hasta entonces menos estudiados. Todo ello le llevó a proponer con fundamento su convicción acerca de la originalidad y la importancia del desarrollo de la cultura occidental europea, oponiéndose así a la por entonces muy generalizada opinión de que los avances alcanzados en Occidente se habían de atribuir al progreso y desarrollo que se habían alcanzado en oriente. Así, en efecto lo expresa nuestro autor al final de su obra:

En capítulos anteriores hemos estudiado el desarrollo de los ideogramas ibéricos hasta los límites de la época glacial. Conocemos los altos talentos de los pueblos del Occidente por su arte paleolítico, sus grandes facultades espirituales y por sus admirables conocimientos astronómicos, que sobrepasan todo lo que cualquier otro país del mundo

pudiera presentar. Teniendo en cuenta, pues, las conclusiones resultantes de nuestro estudio, debemos reconocer que los habitantes del extremo Oeste de Europa, y especialmente de la península Ibérica ofrecieron, ya en las épocas más remotas de la Humanidad, valores éticos al mundo antiguo de incomparable importancia y máxima trascendencia. Estos valores forman la base de las insuperables ofrendas culturales que la Europa moderna presta al mundo entero. [...] Pero, a la vez, hemos de reconocer, sin reservas, que el centro más antiguo y fundamental de la cultura europea es el círculo ibérico con su religión astral y monoteísta².

Como constante y esmerado investigador de la remota cultura ibérica, Waldemar Fenn se lamenta de lo muy limitados que habían sido hasta entonces los resultados de la investigación en cuanto a las ideas religiosas y los conceptos espirituales de los primitivos pueblos de la península ibérica. «Sobre los cultos de los antiguos iberos existen –dice– muy pocos estudios y los resultados obtenidos son de muy limitada certeza. Igualmente ocurre respecto a las bases espirituales de las obras del arte eneolítico y del comienzo de la edad del bronce española». Y añade que «se puede entender que la generación próxima pasada de investigadores en el terreno ibérico, salvo pocas excepciones, fue seducida también por la hipótesis orientalista, que menosprecia las facultades intelectuales del occidente. [...] Es deplorable que se juzgara la actividad cultural del occidente europeo con un juicio tan devastador»³. Estas constataciones le movieron a emprender notables esfuerzos a fin de cimentar sobre unos más sólidos fundamentos su estudio sobre la antigua cultura europea y con una especial atención a la vertiente religiosa del occidente, y especialmente de la península ibérica y de las islas Baleares.

Los temas más destacados de sus investigaciones versan sobre la gráfica epílítica que proporciona «innumerables manifestaciones cosmológicas y religiosas que se encuentran sobre la tierra ibérica, claras fuentes de la sabiduría más antigua»⁴, que el autor considera vincu-

2 *Ibid.*, pp. 298-299.

3 *Ibid.*, pp. 117-118.

4 *Ibid.*, p. 3.

lada en parte con los conocimientos de los astros y sus movimientos. Después de analizar unos copiosos materiales con muy diversos signos e ideogramas ibéricos, pasa a realizar una investigación muy personal de la arqueología prehistórica de Menorca y especialmente de los monumentos conocidos como «taulas», cuya significación religiosa vincula con los movimientos de los astros, siendo esta la parte más trabajada y peculiar de su labor investigadora. Finalmente estudia también detalladamente la relación de los signos de la pictografía o escritura ibérica con las de otros países europeos e incluso con los antiguos alfabetos de origen oriental. A través de todas esas materias el autor hace presentes con un constante empeño los temas relativos a la religión tal como se manifestaba en los pueblos y en las culturas más antiguas.

LAS RELIGIONES Y EL MONOTEÍSMO EN LA CULTURA IBÉRICA

Una característica muy reveladora al respecto de la religiosidad ibérica es la de que no se manifiesta con la representación de ídolos correspondientes a diversas divinidades, sino que la gran mayoría de objetos de significación religiosos representa a sacerdotes o sacerdotisas en actitud de presentar ofrendas, así como amuletos de figuras humanas y pinturas rupestres de escenas de la vida o de la naturaleza. Así lo comenta, por ejemplo nuestro autor:

He de hacer notar, además, que entre todas las figuras típicamente ibéricas, fieles a la tradición propia, no se presenta nunca personificación alguna de la deidad, como lo hacían los egipcios y los griegos para sus dioses y diosas. Las preferidas actitudes de las figuras son la oración y la ofrenda. La ofrenda casi siempre representada, en un pequeño vaso, llevado con sencillez en las manos. Son además muy notables las numerosas figuras femeninas de carácter sacerdotal adornadas con vestidura rica, peinado grandioso y alhajas preciosas en abundancia. Muchísimas llevan también los antiquísimos símbolos astrales y cosmológicos sobre el pecho. En todos estos motivos surge siempre la pervivencia del propio culto tradicional⁵.

5 *Ibid.*, pp. 126-127.

En cuanto al significado de estos signos destacan la cruz, simple, o con doble travesaño o con los brazos horizontales curvados hacia lo alto: «Su derivación de la figura humana y su significación como eje del universo no se pueden poner en duda, según se ha observado en las figuras cosmológicas presentadas anteriormente»⁶. El culto funerario y la convicción de que el alma del difunto emigraba hacia el más allá, así como otras muchas observaciones inducen a Waldemar Fenn a reconocer que los expresados conceptos condujeron a los iberos a convencerse de la verdad del monoteísmo. Ese hombre inteligente y buen investigador lo expresa así:

Es indudable que con tales ideas [los iberos] llegaron a creer en la existencia de un solo ser divino, espiritual, omnipotente, creador y conservador de la ley del Universo. Veremos que tales ideas no se formaban en imaginaciones nebulosas; se tenía una idea bien clara y determinada. El resumen lógico de los diferentes elementos del simbolismo ibérico nos permite la reconstrucción de la antiquísima creencia, y lo conclusión definitiva no puede ser otra que el reconocimiento de un expresado monoteísmo absoluto⁷.

La evolución de la cultura en Oriente siguió otros derroteros, de modo que fue adquiriendo una capacidad especial para plasmar la belleza del ser humano y de la naturaleza, por lo cual se aplicó a representar los seres de un mundo superior e ideal con los rasgos de la belleza humana. Los hombres del occidente, en cambio, se habían ya formado una idea espiritual y más pura del ser Supremo, que solo podían describir a base de símbolos y de trazos simples, pero más sugestivos. A esto se refiere el Sr Fenn aludiendo a la diversidad que caracteriza las representaciones de lo divino en oriente y occidente. Por eso refiriéndose a los ideogramas y símbolos religiosos de los iberos dice:

Esta antiquísima sabiduría y expresión abstracta del hombre occidental contrasta en absoluto con la imaginación antropomorfa del politeísmo del oriente, y es fundamento y esencia para la formación

6 *Ibid.*, p. 127.

7 *Ibid.*, p. 128.

del carácter, del alma y de la cultura europeas. [...] Los joviales dioses y diosas griegos se parecían demasiado al género mortal del hombre, y aunque dotados de grandes virtudes, padecían todos los defectos y vicios humanos, hasta que se quedó en el Olimpo una magnífica corte de ambiciosos señores y damas en continua lucha entre ellos. Completelyamente contraria a la teogonía oriental es la revelación de la Deidad en el occidente ibérico. Con el cese del arte paleolítico, cuyos fondos ideológicos parecen paralelos al modo de pensar del oriente primitivo, la cultura ibérica se abstiene totalmente de motivos naturalistas. La religión ibérica encuentra los medios de expresar sus ideas más sublimes en el simbolismo abstracto⁸.

Al tratar de los signos de escritura considera Waldemar Fenn que en muchos de los signos de los alfabetos orientales podemos descubrir elementos derivados de la grafía ibérica. En la cual se hallan «antiquísimos signos cosmosfícos y religiosos»⁹.

LA SINGULAR EXPERIENCIA RELIGIOSA DE SAN AGUSTÍN

En Agustín hallamos un magnífico y profundo testimonio acerca del proceso de búsqueda y de encuentro con Dios, cuyo transcurso afectaría a toda su vida, pero que en su juventud aparece con las características de un drama íntimo e inquietante, pero al fin profundamente consolador. Recorridos humanos y espirituales de semejante categoría, si bien por las circunstancias personales e históricas pueden verse como semejantes o como diversos, los podemos descubrir con más o menos claridad en muchos individuos del pasado y del presente.

San Buenaventura tratará de orientar en esa búsqueda con su obra *Itinerario del alma a Dios*, actuando como un experto guía espiritual en el tiempo de una cristiandad extendida y consolidada. San Agustín, por su parte, en el seno de una sociedad más plural y diversificada en la que el cristianismo se va abriendo camino con vigoroso empuje, pero frente a muy variadas líneas de pensamiento y de actitudes, pue-

8 *Ibid.*, pp. 144-145.

9 *Ibid.*, p. 292.

de considerarse como un referente muy válido incluso en el mundo actual sometido a no pocas crisis de pensamiento y de enfrentamientos culturales, aportando el testimonio de la luz que resplandece en la obra salvadora de Cristo.

Entre la ingente amplitud de los escritos de Agustín se encontrarán sugerentes indicaciones llenas de sabiduría, destacando especialmente su obra de carácter autobiográfico denominada las *Confesiones*, de la cual el literato Lorenzo Riber, de la Real Academia Española, dijo que «es el cancionero lírico de las grandezas y las misericordias de Dios»¹⁰. Tanto en este libro, como en la muy extensa obra *La Ciudad de Dios*, así como en el breve pero persuasivo e interesante tratado *La verdadera religión*, hallamos copiosa información sobre la historia, los problemas de la evolución y los contenidos de la diversidad de religiones y cultos, tal como los conoce y valora Agustín, al que cabe considerar como el autor más informado de su tiempo sobre esa materia.

El conocimiento del cristianismo, así como el aprecio e inicial adhesión a él se remontan al tiempo de su tierna infancia, lo cual él valoraría posteriormente como una venturosa realidad y una gracia del Señor. En las *Confesiones* relata que había leído con provecho el *Hortensius* obra de Cicerón, pero que no colmaba sus anhelos debido a la ausencia del nombre de Cristo, «porque este nombre de mi Salvador, tu Hijo, lo había yo por tu misericordia bebido piadosamente con la leche de mi madre y lo conservaba en lo más profundo de mi corazón»¹¹. Y también refiere que habiendo enfermado de gravedad siendo aún niño, solicitó con ardor que se le bautizara, lo cual no se llevó a término por haber desaparecido el peligro de muerte: «Tú viste también, Dios mío, pues eras ya mi guardia, con qué fervor de espíritu y con qué fe solicité de la piedad de mi madre y de la madre de todos nosotros, tu Iglesia, el bautismo de tu Cristo, mi Dios y Señor»¹².

Siempre reconoció y valoró Agustín su adhesión al cristianismo desde la infancia al haber sido signado con el signo de la cruz, lo

10 RIBER, L., Introducción a las *Confesiones de San Agustín*, Aguilar, Madrid 1964, p. 13.

11 *Confesiones*, III, 5, 8: BAC 11, 138.

12 *Ibid.*, I, 11, 17: BAC 11, 88.

cual equivalía a una incorporación al catecumenado en previsión del bautismo que se suponía que habría de recibir más tarde: En las Confesiones lo recuerda al decir: «Siendo todavía niño oí ya hablar de la vida eterna, que nos está prometida por la humildad de nuestro Señor Dios, que descendió hasta nuestra soberbia; y fui signado con el signo de la cruz y se me dio a gustar su sal...»¹³. Se refiere a ciertos ritos del catecumenado o del bautismo, que se podían impartir incluso a niños de corta edad. La sal era símbolo de la sabiduría de origen divino (*Accipe salem sapientiae*). Este don de la sabiduría llegaría a manifestarse de un modo muy admirable en Agustín, pero no sin haber sufrido hondas crisis y profundas transformaciones en su pensamiento religioso y en su género de vida.

Complejo y dificultoso fue, en efecto, el camino que, desde los años de su adolescencia hasta su conversión y bautismo recibido a los 33 años de edad, recorrió este futuro obispo y gran maestro de la fe cristiana. Su inteligencia despejada y fecunda junto con una sensibilidad afectiva e impresionable, le condujeron a tomar unas actitudes apasionadas y peligrosas, a la vez que a albergar recelos y dudas sobre los sistemas del pensamiento humano y sobre las verdades superiores de orden religioso. Todo ello le llevó a una desconfianza sobre el contenido de la enseñanza cristiana, de la cual pensó desligarse abrazando durante algún tiempo las ideas de la secta religiosa del maniqueísmo que de momento le pareció que se distinguía por un pensamiento profundo, pero a no tardar descubrió que sus bases eran inanes y gratuitas. Esta experiencia le llevó a comprobar la inanidad de los cultos religiosos de origen oriental que se propagaban dentro del Imperio romano con un marcado aire sentimental, que resultaba atrayente para muchas personas que reconocían la frialdad del culto oficial del paganismo tradicional y que además no contaba con fundamento alguno de racionalidad.

Elementos que favorecieron el cambio integral y armónico obrado en la persona de Agustín, tanto en lo concerniente al conjunto de su pensamiento religioso, como en la moralidad de costumbres, a más de reconocer sobre todo la obra maravillosa de la divina gracia,

13 *Ibid.*, Íd.

podemos señalar la actitud de fe y de solicitud amorosa de su santa madre, Mónica, la predicación serena y luminosa del obispo de Milán san Ambrosio y el acompañamiento fiel de unos amigos inteligentes y bondadosos que también buscaban la iluminación por la fe cristiana, así como el ejemplo de personas relevantes por su y santidad de vida que habían abrazado el cristianismo o que habían consagrado sus vidas al servicio de Dios, testimonios que le llegaron por trato personal o por los relatos escritos sobre su actuación y género de vida.

Todas estas situaciones y circunstancias a las que Agustín prestó una atención especial y valiosa, así como el ardoroso empeño que le movía a entregarse a Dios y a actuar de una manera generosa en favor de que la verdad iluminara también la vida de todos, contribuyeron a que el convertido y a no tardar pastor de almas, apareciera como guía y maestro en dilucidar el camino hacia el conocimiento del único Dios y a discernir y valorar la religión verdadera, que el mismo Dios ha querido revelar, tratando además de descubrir aquellos esfuerzos habidos en la humanidad y que hayan podido ser de provecho a modo de preparación para que los hombres hayan podido conocer y aceptar la verdadera manifestación del Ser supremo.

«LA VERDADERA RELIGIÓN»

De vera religione es el título latino de este pequeño pero valioso libro de Agustín que aparece como muy oportuno para los hombres formados en la cultura de su tiempo para hacerles descubrir la fe en Dios y en la doctrina salvadora que la Iglesia de Cristo les ofrece. Se trata de una obra apologética muy consistente y cuidadosamente redactada en Tagaste el año 390, poco después de su regreso a África y un año antes de ser ordenado sacerdote. Se pone de manifiesto su deseo de dar a conocer la fe cristiana cuando él todavía no preveía su dedicación a la vida pastoral.

Esta obra de tema religioso y de apología del cristianismo es ya reveladora de los profundos escritos que brotarían de su fecunda labor doctrinal y apostólica. El eminentísimo profesor y teólogo alemán Romano Guardini, aunque se refiera directamente al libro de las *Confesiones*

(397-400), interpreta ya muy bien el espíritu con que actuaba desde su conversión este cristiano que había consagrado su vida al servicio de Dios y de sus contemporáneos. He aquí algunos de los juicios de Guardini sobre los inicios de la labor cristiana de Agustín:

Y hay algo más. El Dios del cristianismo al que él [Agustín] se ha convertido y en cuya presencia escribe sus *Confesiones* no es el ser absoluto de la filosofía, sino el Dios santo y viviente del Antiguo y del Nuevo Testamento. Es el Dios que se levanta, entra en la historia y actúa en ella. Es el Dios que llama a la persona individual y la introduce en una historia. Esta historia se verifica con la misma frecuencia con la que existen seres humanos. Cada vez se introduce en esa historia todo lo que existe, las cosas del mundo y los hombres. Cada vez, todo existe por ella, de modo que lo que existe, mundo y existencia humana, adquiere en ella su centro y su nombre. Si hay alguien que está convencido de ello es Agustín. Él, que en su *Civitas Dei* se propuso captar la historia de la humanidad en su proveniencia de Dios, se vio también a si mismo en una historia. Las *Confesiones* son el intento de describir esa historia¹⁴.

Aunque en su muy extensa obra compuesta de 22 libros, *La Ciudad de Dios*, trata ampliamente y con muchos pormenores acerca de los dioses de la antigüedad y del culto oficial del Imperio romano, reconoce que es una realidad que ya está muerta. Y nunca le atribuye el nombre de religión, considerando que sus ídolos o bien corresponden a seres diabólicos o bien a personajes del pasado que han sido idealizados o que están envueltas en leyendas sin fundamento. Acerca de las religiones llamadas místicas de origen oriental tampoco les atribuye validez alguna digna de consideración por estar basadas en imaginaciones gratuitas y en mitos de imaginarias genealogías de seres y categorías fantásticas.

A lo que presta una atención, como realidades que prepararon de algún modo la aptitud de los pueblos para recibir el mensaje revelado del cristianismo, es al hecho de comprobar la existencia de ciertas intuiciones que se propagaron a través de algunas escuelas de filósofos

14 GUARDINI, R., *La conversión de Aurelio Agustín*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2013, pp. 14-15.

de prestigio, especialmente las del neoplatonismo y Plotino, en las que se desarrolló una búsqueda de la verdad y de un válido sentido religioso. Esto lo apuntaron ya los apologetas del siglo segundo, especialmente en el mártir Justino al reconocer lo que éste designó como «semillas del Verbo» que se había manifestado en algunas enseñanzas de los filósofos o en la difusión del pensamiento judío. Especialmente a ese respecto se presta atención a una tendencia hacia el monoteísmo, todo lo cual habría propiciado un acercamiento a la verdad del mensaje cristiano.

Estas tendencias de aproximación entre la verdad revelada y ciertos elementos religiosos o filosóficos del mundo antiguo, se hace presentes de algún modo en la actuación y en los escritos de san Agustín, de modo que ya en su libro *La verdadera religión* descubrimos su atinado pensamiento sobre las religiones existentes en su entorno cultural y la verdad revelada que caracteriza al cristianismo que con el favor de Dios se va difundiendo por el mundo, aunque no sin dificultades y oposiciones. Ya en las primeras líneas de dicho libro queda bien definido lo que el autor se propone al escribirlo, y lo expresa así:

El camino de toda vida buena y bienaventurada se basa en la verdadera religión, en la que un solo Dios es adorado y reconocido con la más pura piedad como el principio de todos los seres de la naturaleza y del cual proviene el inicio, el perfeccionamiento y la subsistencia de todo cuanto existe. De ahí que con toda evidencia se pone de manifiesto el error de todos los pueblos que prefirieron adorar a muchos dioses en vez de prestar adoración al único y verdadero Dios y Señor de todas las cosas. Por lo cual resulta que sus sabios, a los que llaman filósofos, mantienen escuelas diferentes y los templos en común. Además, ni los pueblos ni los sacerdotes desconocían que existía diversidad de opiniones acerca de la naturaleza de los dioses, de modo que nadie temía exponer públicamente su pensamiento sobre lo mismo¹⁵.

Después de examinar el pensamiento religioso y sobre todo el concepto de la divinidad que manifiestan algunos de los pensadores o filósofos más dignos de atención en su época pasa Agustín es su

15 *La verdadera religión (De vera religione)*, cap.1, 1: PL 34, 121-122.

libro a dar a conocer la religión revelada en el Antiguo Testamento al pueblo de Israel y sobre todo en Cristo. Para ello va desarrollando los asuntos de más relieve para hacer comprender cómo el Dios único se ha manifestado, de tal modo que se desvanecen las contradicciones y carencias de que adolecen las propuestas religiosas existentes por entonces, de tal modo que con la fe cristiana se colman los anhelos más profundos del espíritu humano. Es de especial importancia a ese respecto el capítulo décimo, cuyo anunciado se expresa así:

Al iniciarse el tratamiento de la historia de la divina Economía respecto de nuestra salvación, se pone de manifiesto en primer lugar de dónde proviene el error existente en materia religiosa y de qué manera, con el auxilio divino, se instauraría la religión perfecta¹⁶.

Manifiesta Agustín que los errores existentes en las religiones derivan principalmente de que el alma en vez de honrar a Dios se honre a sí misma o a su cuerpo o a sus fantasmas, ya sea por separado ya conjuntamente en cuanto a estos elementos¹⁷. Y añade que la inmutabilidad de Dios es básica para la existencia de criaturas mutables. Respecto de los fantasmas, que tanto influyen en las religiones politeístas hace esta acertada observación:

En cuanto a los fantasmas nada son, sino puras imaginaciones a semejanza de los cuerpos, y se guardan en la memoria, además de que pueden dividirse, multiplicarse, reducirse o ampliarse, así como también fácilmente pueden perturbar el pensamiento adquiriendo alguna apariencia, y en cambio, al tratar de descubrir qué clase de realidad hay en ello, resulta difícil precaverse y liberarse de tales fantasías¹⁸.

San Agustín estaba bien convencido de que el hombre puede conocer la existencia de Dios, puesto que le basta contemplar el uni-

16 Historiam divinae Oeconomiae erga nostram salutem narraturus, ortendit primum unde horror in religione contingat et quomodo perfecta religio, Deo subveniente, instauraretur. (*La verdadera religión*, cap 10, 18: PL 34, 130).

17 En su libro *Las retractaciones*, Agustín precisa que con el nombre se alma se refiera al alma humana, o sea al ser humano, en este caso. *Las retractaciones*, I, 13, 2: BAC 551, 688.

18 *La verdadera religión*, cap. 10, 18:: PL 34, 130).

verso que nos rodea para reconocer a Dios como su autor. Si algunos niegan su existencia ello es atribuido a las pasiones y corrupción moral que obscurcen el entendimiento¹⁹. Sin embargo, reconoce que, sobre todo a causa del pecado es difícil el acercamiento hacia Dios y el acertar en cuanto a la forma religiosa con que el Ser supremo ha de ser adorado y en el seguimiento de la voluntad divina grabada de algún modo en el alma humana. Por ello gracias a la infinita bondad, Dios ha tomado la iniciativa de revelarse y establecer la religión verdadera, que es el cristianismo destinado a ser anunciado al mundo entero, lo cual le parecía que se estaba realizando casi plenamente ya en el mundo entonces conocido. He aquí algunos textos reveladores de su pensamiento:

Así pues, no prestemos servicio a las criaturas en vez de prestarlo al Creador, ni nos desvanezcamos con nuestros pensamientos. En esto consiste la perfecta religión. Es, en efecto necesario que estando unidos al eterno Creador. Nos hagamos también nosotros partícipes de la eternidad, lo cual, estando el alma enredada y agobiada por sus pecados, en modo alguno podía verlo ni comprenderlo por sí misma; y no contaba con ningún recurso humano del que pudiera servirse para dar algún paso que le hiciera ir desde las realidades humanas hacia las divinas. Mas, para que el hombre encontrara apoyo para pasar de la vida terrena al reconocimiento de su semejanza con Dios, mediante una temporal disposición de la inefable misericordia divina, se resolvió que la criatura temporal y mudable, pero que estaba sometida a unas leyes eternas, se acordara de su primera y perfecta naturaleza, y de este modo se prestara socorro a cada uno de los hombres y a la vez al género humano. Esto se refiere a que en nuestro tiempo se ha manifestado la religión cristiana, de tal modo que siguiéndola con toda certeza y suavidad se hallara la salvación²⁰.

A continuación Agustín, que si no era ya sacerdote estaba ya muy cerca su ordenación sacerdotal, pone de relieve que en la realización de la salvación del género humano mediante la encarnación del Verbo, quería Dios servirse de la acción de sus servidores o ministros,

19 Cf. MORIONES, F. , *Teología de San Agustín*, BAC, Madrid 2004, p. 30

20 *La verdadera religión*, cap.10, 19: PL 34, 131.

tanto ángeles como hombres. Y el santo lo escribe de tal modo que deja entrever que cuenta ya con experiencia acera de su labor de dar a conocer la fe cristiana, como se ve en el hecho de la diversidad de quienes reciben o escuchan el mensaje. A algunos, en efecto, los califica como muy locuaces (*oblatrantes*) y a otros como buscadores interesados (*quaerentes*). Se expresa así:

Prevenirse frente a los locuaces y mostrarse receptivo con quienes hacen preguntas puede realizarse de muchas maneras con el auxilio de Dios omnipotente, el cual por sí mismo manifiesta lo que es verdadero dándolo a conocer u ordenando su cumplimiento a quienes tienen buena voluntad. Sírvese el Señor para ello del ministerio de los ángeles buenos y también de la ayuda de algunas personas humanas. Así pues, cualquier individuo puede ayudarse viendo en sus semejantes aquello que es congruente y justo. Y reflexionando yo día y noche acerca de mi experiencia sobre quiénes son los que ladran y quienes, aquellos que anhelan saber, y cómo actué yo mismo, si ladrand o deseando conocer, he pensado que la norma debía ser ésta: Mantén lo que viste ser la verdad y atribúyelo a la Iglesia católica; rechaza lo que conociste que era falso y perdóname a mí, como hombre que soy; en cuanto a lo que sea dudos júzgalo hasta que la razón te demuestre o la autoridad te instruya sobre lo que ha de ser rechazado, o lo que es verdadero, y lo que siempre ha de ser creído²¹.

En el capítulo 37º de la obra que nos ocupa trata san Agustín de la razón que condujo a muchos pueblos a la idolatría, que él califica como «impiedad», no considerándola como merecedora del concepto de «religión», nombre que él en sentido pleno reserva para aquella que Dios en el decurso de la historia humana ha revelado, como camino para la Salvación del género humano, o sea, la religión cristiana, con su preparación en el Antiguo Testamento y la instauración por Jesucristo, de tal manera que su origen y sus fundamentos son realidades históricamente comprobables. Además en su obra *Utilidad de la fe (De utilitate credendi)* desarrolla, en favor del cristianismo el argumento de la virtud y la generosa bondad que han florecido entre los cristianos.

21 *Ibid.*, cap. 10, 20: PL 34, 131.

En cuanto al culto de los dioses del paganismo en Roma, y naturalmente también de sus precedentes helénicos o de los imperios de Egipto y del Medio Oriente, Agustín no valora tales montajes como dignos de consideración en favor de un desarrollo del pensamiento o de las virtudes de los pueblos, sino que más bien califica a los ídolos y personajes mitológicos como demonios o seres fabulosos, expertos en vicios y maldades. En *La ciudad de Dios* se explica de este modo:

Esta religión, pues, única y verdadera [la cristiana] es la que ha puesto en claro que los dioses de los gentiles no son sino inmundos demonios. Éstos, deseando ser tenidos por dioses, aprovechándose de las almas difuntas o de criaturas mundanales, se han complacido con soberbia inmundicia en honores quasi divinos, malvados y torpes a la vez, teniendo envidia de la conversión de los espíritus humanos al verdadero Dios. De tan inhumana y sacrílega tiranía se libra el hombre por la fe en aquel que para levantarla le dio ejemplo de tan gran humildad, cual fue la soberbia que a ellos los había derribado. Entre los cuales se encuentran no sólo aquellos de quienes hemos dicho tantas cosas, y tantos otros semejantes de las otras gentes y regiones, sino también estos de los que ahora tratamos, escogidos como un senado de dioses; pero escogidos abiertamente por la fama de sus vicios, no por la dignidad de sus virtudes²².

En el Imperio Romano se habían ido difundiendo, especialmente desde el siglo segundo de nuestra era, unos muy diversos sistemas de pensamiento y actitudes de búsqueda intelectual que se presentaban con un cierto prestigio de poseer elevados conceptos. Es lo que se conoce como el gnosticismo, que ostentando la apariencia de un pensamiento profundo y que en realidad no eran más que elaboraciones fantásticas en las que se mezclaban inconsistentes cosmogonías y fábulas, a veces provenientes datos bíblicos sueltos y con más frecuencia de religiones orientales y de fantasías sobre la multitud de dioses y héroes míticos propios del politeísmo helenístico intentándose con todo ello elevar el tono cultural del Imperio y de su religión tradicional.

22 *La ciudad de Dios*, VII, 33: BAC 171, 472-473.

Todo este complejo cultural y religioso disentía profundamente del cristianismo, al cual la cultura oficial del Imperio consideraba como de carácter vulgar y moralista, y que sólo podía atraer a personas de baja categoría social. San Agustín en su libro *La verdadera religión* dedica varios capítulos a demostrar la inanidad de dichas elucubraciones, sobre todo las que se presentaban como ligadas al politeísmo romano y sus dioses tradicionales, materia sobre lo cual él había ido investigando a fin de mostrar la inconsistencia y falsedad de estas ideas, como se pondrá de manifiesto especialmente en esa su amplísima obra *La ciudad de Dios*, elaborada entre los años 413-427²³.

Una de las ideas en la que más insiste Agustín es la de que quienes se dejan arrastrar por su adhesión a las criaturas en vez de al Creador, caen en una servidumbre materialista y en la degradación de costumbres inmorales. Así lo había expresado también en el libro *La verdadera religión*, escrito hacia el año 390, donde dice que hay muchos hombres que «no sólo pretenden escudriñar las criaturas en contra de los preceptos de Dios, sino que quieren gozar de las criaturas más que de la ley y de la verdad, tal como se desprende del pecado del primer hombre al usar mal del libre albedrío, sino que a la misma condena añaden que no solamente aman a la criatura, sino que la sirven más que al Creador (cf.. Rom 1,17) y adoran a la criatura en todas sus partes, pasando de las superiores a las más bajas»²⁴.

LA SALVACIÓN DE DIOS EN EL PAGANISMO

Que la voluntad salvífica de Dios es universal y se extiende a todos los hombres, a los cuales confiere el Creador los medios para que usando bien del don de la libertad, puedan alcanzar la salvación eterna, es una verdad por el miso Dios revelada de muchos modos y con claridad: *Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento*

23 Capítulos especialmente dedicados a esta temática en el libro *La verdadera religión* son: 10, 15, 34 y 39. En *La ciudad de Dios*, esta materia se trata ampliamente en los libros 7º y 8º.

24 *La verdadera religión*, cap. 37, 68: PL 34, 152. El título latino de este capítulo dice: «Impietas idololatriae multiplicis orta ex amore creaturae».

miento de la verdad. Porque uno es Dios, uno también el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos 1Tim 2,4-5). Los teólogos han tratado de discernir el sentido y la aplicación de esta enseñanza de la fe cristiana.

San Agustín, por su parte, ha tratado de desarrollar el contenido de esta verdad, y lo ha hecho con gran belleza y profundidad, apoyado por el don de la sabiduría y la experiencia de vida que poseía. Acordándose de los luminosos días de su conversión y su bautismo, al componer años más tarde el libro autobiográfico de las *Confesiones*, invadido por el gozo de su incorporación a Cristo y de los eternos designios de Dios para la salvación de los hombres, aclamaba por todo ello a Dios a cuya bondad corresponde su designio universal de salvación. He aquí algunas de sus fervientes palabras:

Yo no me hartaba en aquellos días, por la dulzura admirable que sentía, de considerar la profundidad de tu consejo sobre la salvación del género humano. ¡Cuánto lloré con tus himnos y tus cánticos, fuertemente conmovido con las voces de tu Iglesia, que dulcemente cantaba! Penetraban aquellas voces mis oídos y tu verdad se derretía en mi corazón, con lo cual se encendía el afecto de mi piedad y corrían mis lágrimas, y me iba bien con ellas²⁵.

La cuestión más recóndita y difícil del asunto era el intento de explicar cómo pudo realizarse la salvación eterna de las personas hallándose un tan gran número de ellas a lo largo de muchos siglos sometidas a unas concepciones religiosas insustanciales y sin poseer una visión aceptable sobre la divinidad, antes bien involucradas en un ambiente cultural mantenido por una multitud de seguidores del culto politeísta. Una propuesta de Agustín destinada a dilucidar en lo posible esta misteriosa cuestión aparece en su libro *La verdadera religión* donde se expresa de este modo:

Puesto que la divina Providencia mira no sólo por el bien de cada uno de los hombres individualmente, sino que también lo hace sobre todo el género humano. Lo que Dios efectúa con cada individuo, lo

25 *Confesiones*, IX, 6, 14: BAC 11, 361-362.

sabe Él mismo que lo realiza, y lo saben también quienes experimentan lo que en ellos se está realizando. En cambió lo que se hace en pro del género humano quiso Dios que fuera conocido a través de la historia y de la profecía. En efecto, el fidedigno conocimiento de las cosas del pasado y del futuro es más propio de la fe que del entendimiento. A nosotros nos corresponde considerar en qué personas o libros hemos de confiar para honrar rectamente a Dios, que es uno sólo. Lo primero que hemos de examinar es si hemos de prestar atención a los que nos inducen a creer en muchos dioses o a quienes nos llevan a creer en un solo Dios. ¿Quién puede poner en duda que hemos de confiar plenamente en aquellos que manifiestan que hemos de honrar a un solo Dios, si además tenemos en cuenta que quienes dan culto a muchos dioses, están de acuerdo en que sobre ellos hay un solo Señor que está por encima de los demás dioses y es el que los gobierna a todos? Efectivamente los números empiezan por el uno. Así, pues, se ha de seguir a quienes dicen que el Dios supremo es el verdadero Dios²⁶.

San Agustín se muestra muy cuidadoso en precisar el verdadero sentido del concepto que corresponde al culto que se debe tributar al único Dios, aun reconociendo que en el idioma latino no hay una palabra restringida a ese concepto. A ello se refiere diciendo: «Con aquel culto que en griego se llama *latría* pero en latín no puede expresarse con una única palabra, puesto que significa propiamente cierta servidumbre debido únicamente a la divinidad, nosotros sólo rendimos culto, y enseñamos que ese culto debe rendirse, al único Dios»²⁷.

LA CONSTANTE MANIFESTACIÓN DE DIOS A LOS HOMBRES

Aunque Agustín reconoce que la plena y perfecta manifestación de Dios al mundo se ha realizado con la revelación a Israel y definitivamente con la encarnación y toda la obra salvadora de Cristo, que tiene continuidad en la Iglesia. Sabe también y enseña que los hombres reciben de Dios la capacidad de reconocerle a través de la creación visible, así como también reflexionando sobre los anhelos y la aspi-

26 *La verdadera religión*, cap. 25, 46: PL 34, 142.

27 *Réplica a al maniqueo Fausto*, 20, 21: PL BAC 529, 463.

ración que cada cual puede experimentar en lo hondo de su propio espíritu.

En cuanto a la observación de la naturaleza, que conduce hacia el reconocimiento del Creador, en quien resplandece la inmensidad de su amor y de su poder, Agustín ha encontrado apoyo en las enseñanzas de san Pablo (*Rm 1,18-21*), y además mediante su destacada inteligencia y su conocimiento de la sociedad humana se muestra convencido de esa capacidad humana de conocer a Dios y de que son muchos los hombres que han conocido al verdadero y único Dios, aunque con frecuencia, a causa de las conductas viciosas y depravadas, no han vivido de acuerdo con lo que sabían que era su deber. En un sermón predicado en su diócesis de Hipona durante la octava de Pascua, refiriéndose a las palabras de Pablo donde afirma que muchos gentiles son inexcusables *porque conociendo a Dios no lo glorificaron como Dios ni le dieron gracias* (*Rm 1, 21*), el obispo de Hipona añadía:

¿Cómo lo conocieron [a Dios]? A partir de las cosas que hizo. Pregunta a la hermosura de la tierra, pregunta a la hermosura del mar, pregunta a la hermosura del aire dilatado y difuso, pregunta a la hermosura del cielo, pregunta al ritmo ordenado de los astros; pregunta al sol, que ilumina el día con fulgor; pregunta a la luna, que mitiga con su resplandor la oscuridad de la noche que sigue al día; pregunta a los animales que se mueven en el agua, que habitan en la tierra y vuelan en el aire; a las almas ocultas, a los cuerpos manifiestos; a los seres visibles, que necesitan quien los gobierne, y los invisibles, que los gobiernan. Pregúntales. Todos te responderán: «Contempla nuestra belleza». Su hermosura es su confesión. ¿Quién hizo estas cosas bellas, aunque mudables, sino la belleza inmutable? Ya en el hombre mismo para poder conocer y comprender a Dios creador del universo entero; en el mismo hombre, repito, se hizo la pregunta a ambos componentes, al cuerpo y al alma. Preguntaban a lo que ellos mismos eran: el cuerpo que veían y el alma que no veían, pero sin la cual no podían ver aquél. Veían, en efecto, mediante el ojo, pero el que ve a través de estas ventanas estaba dentro. [...] De esta manera por las cosas hechas llegaron a Dios que las hizo. *Pero no lo glorificaron como a Dios, ni de dieron gracias*. Es el apóstol quien lo dice»²⁸.

28 *Sermón 41, 2-3: BAC 447, 458-460.*

La valoración más negativa acerca de la situación religiosa y moral de la sociedad pagana, tal como la considera Agustín, halla explicación acerca de ello en el capítulo primero de la carta paulina a los *Romanos*, en la que el Apóstol por una parte considera que los hombres tenían o podían tener conocimiento de Dios, pero su relación con el Creador no era congruente ni agradecida, habiendo derivado hacia la idolatría y un modo de vida muy pecaminoso, opuesto a la dignidad de la persona humana. Agustín comentando a san Pablo dice: «El Apóstol arguye a quienes conocieron a Dios, mas no le dieron gracias y, diciendo ser ellos sabios, se hicieron fatuos y se entregaron a adorar simulacros»²⁹. Y en una carta de Agustín a un personaje cristiano llamado Dárdano, escrita el año 417, en la que trata de la presencia de Dios, dice así:

Cuando estos mortales en que el Espíritu habita, van progresando y renovándose de día en día, y él los justifica más y más, los escucha en su oración, los purifica en su confesión, para tener su templo inmaculado para siempre. Con razón, pues, se dice que no habita en aquellos que, conociendo a Dios, *no lo glorificaron ni le dieron gracias como a Dios*. Adoraron y sirvieron a la *criatura, más bien que al Creador*, (cf. Rm 1, 21-25) y no quisieron ser templo del verdadero Dios. Al querer tener a Dios con muchos dioses, en lugar de mezclarle con otros muchos dioses falsos, se quedaron privados del verdadero³⁰.

La ambición de los bienes terrenos y de los placeres pecaminosos en cierto modo es equiparable a la idolatría. Comentando san Agustín la primera *Carta de san Juan*, probablemente en relación a las palabras de su último versículo. *Hijos míos guardaos de los ídolos* y aludiendo también a las palabras del salmo 80,13: *Los abandoné a la dureza de su corazón*, el obispo de Hipona dice: «Pide uno dinero en abundancia, lo recibe para su mal. Cuando no lo tenía, poco temía. Comenzó a tenerlo y se hizo presa del más poderoso»³¹. El culto a los ídolos, que era considerado como una esclavitud a los demonios, llevaba a los idólatras a estar sometidos al Diablo.

29 *Exposición sobre la Carta a los Romanos*, 3: BAC 187, 15.

30 *Carta de san Agustín a Dárdano*, 187, 8, 29: BAC 99, 824-825.

31 *Tratados sobre la primera Carta de san Juan*, 6, 8: BAC 187, 285.

La mirada bondadosa de Dios, sin embargo sobrepasa en gran manera al abatimiento que puede invadirnos ante la comprobación de las deficiencias, los errores y las ingratitudes de las criaturas racionales. San Agustín lo tiene siempre presente, moviéndole a ello la memoria de la bondad divina que se había manifestado en su propia conversión, así como en la transformación de los gentiles que abrazaron la fe de Cristo por la predicación de los Apóstoles. Así lo expresa en un sermón sobre el salmo 88, donde dice:

Todos los caminos del Señor son misericordia y verdad (Sal 24,10). No aparecería la verdad en el cumplimiento de las promesas si no precediese la misericordia en la remisión de los pecados. Además, como se habían prometido proféticamente muchas cosas al pueblo de Israel, que procedía del linaje de Abraham según la carne, y así se propagó aquel pueblo en que habían de cumplirse las promesas de Dios, y, con todo, Dios no secó el manantial de su bondad para con las naciones extranjeras, que constituyó bajo el amparo de los ángeles, haciéndose para sí de ellas porción del pueblo israelítico, por eso también el Apóstol distribuyó distinguiendo la misericordia de Dios y la verdad entre estos dos pueblos³².

Este recurso de Agustín a una diferenciación en cuanto que la providencia divinas se ejerció de un modo más directo respecto al pueblo escogido, y a través de los ángeles se manifestó en los demás pueblos o razas de la humanidad, se apoya sin duda en textos como el del *Deuteronomio*, donde se dice: *Cuando el Altísimo repartió las naciones, cuando distribuyó a los hijos de Adán, fijó las fronteras de los pueblos según el número de los hijos de Dios [los ángeles], pero la porción del Señor fue su pueblo, Jacob su parte de heredad (Dt 32,8-9)*. Y en pasajes del capítulo 10º del libro de *Daniel*, se trata de ángeles encargados por Dios del cuidado de diversos pueblos gentiles. San Agustín, en efecto, dice: «Lo que Dios efectúa en cada individuo lo sabe él mismo que lo realiza, y lo saben también quienes experimentan lo que en ellos se está realizando»³³.

32 *Enarraciones sobre los Salmos*, 88, sermón 1º, 3: BAC 255, 294-295.

33 *La verdadera religión*, cap. 37, 68: PL 34, 152. Véase la nota anterior nº. 26.

A TODOS SE EXTIENDE LA VOLUNTAD SALVÍFICA DE DIOS

San Agustín reconoce que Dios quiere la salvación de todos, pero no desligada del uso del libre albedrío del, hombre, al que ha dotado de este don que le hace capaz de adherirse al plan divino. En el libro de las Confesiones exclama: «Nadie, Señor, te pierde, sino el que te deja»³⁴. Tratando, pues, de explorar el arduo tema de la salvación, el santo obispo de Hipona al observar las deficiencias y la ingratitud que se manifiestan en los seres humanos reconoce la necesidad de que permanezcan voluntariamente unidos al Creador. Por eso al tratar de la promesa del agua viva hecha por Jesús (*Jn 7,27-29*), dice Agustín. «Cada uno debe reconocer en sí mismo si bebe y si vive de lo que bebe, pues la fuente no nos abandona, si no abandonamos la fuente»³⁵.

Por otra parte, Agustín no puede menos de reconocer y discernir la diversidad de situaciones en las que se ha encontrado la humanidad caída, y especialmente en aquellos pueblos que se encuentran a distancia de las fuentes de la revelación divina, de la que han gozado Israel y la Iglesia de Cristo. A pesar de ello no desconfía de que la voluntad salvífica de Dios se haya manifestado de diversas maneras en todos los pueblos. Nos presenta, efectivamente, lo que se lee en el *Génesis* donde se dice que en el principio de la creación *el espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas Gn 1,2*) lo cual viene a ser signo de su amor y protección sobre lo que ha creado, especialmente el hombre, hecho a imagen y semejanza del mismo Dios. Y el santo da razón de ello con estas breves pero muy significativas palabras:

Porque hay en Dios una benignidad suma, santa y justa, y que no le viene por ser un ser menesteroso, de otros, sino de su amor bienhechor hacia sus obras³⁶.

San Agustín, que con razón es denominado «Doctor de la Gracia» sabe iluminar con precisión la convergencia entre el don del libre

34 *Confesiones*, IV, 9, 14: BAC 11, 172

35 *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, XXXII, 4: BAC 139, 680.

36 *Comentario literal al Génesis (De Genesi ad litteram)*, I, 5, 11: PL 34, 250.

albedrío con la necesidad de la divina gracia. Así se expresa en un sermón sobre el salmo 26:

Sé mi ayuda; no me abandones. Mira, estoy en el camino; te pedí una cosa: habitar en tu casa todos los días de mi vida, contemplar tu hermosura, que fuese protegido tu templo; esta única cosa pedí. Para llegar a ella estoy en el camino. Quizá me dices: Esfuérzate, camina; te di el libre albedrío. Eres dueño de tu voluntad; prosigue el camino, busca la paz y síguela. No te desvíes del camino, no te detengas en él, no mires atrás, continúa caminando, porque quien perseverare hasta el fin, se salvará. Habiendo recibido tú el libre albedrío, ya casi presumes como si de ti dependiese el andar; no presumas de ti mismo. Si te abandonase, desfallecerías en el camino, caerías, errarías, quedarías atascado. Luego dile: Me diste el libre albedrío, pero sin ti de nada me sirve mi esfuerzo. *Sé mi ayuda, no me abandones ni me desdeñas, Dios Salvador mío.* Porque tú, que creaste, ayudarás; tú, que creaste, no abandonarás³⁷.

En otro sermón, pronunciado en Cartago en la festividad de San Juan del año 413 nuestro santo pone también muy de relieve la universalidad de la salvación del género humano. Dice así:

Gracias a esta acción mediadora [de Cristo] adquiere la reconciliación con Dios la masa entera del género humano, alejada de él por el pecado de Adán, [...] gracias a una sola persona, nos salvamos los mayores, los menores, los ancianos, los hombres maduros, los niños, los recién nacidos: todos nos salvamos gracias a uno solo. *Uno solo es Dios, y unos solo también el mediador entre Dios y los hombres: el hombre Cristo Jesús. Por un hombre los vino la muerte, y por otro la resurrección de los muertos. Como en Adán morimos todos, así también en Cristo seremos vivificados todos (1Co 15,21-22)*³⁸.

Al reconocer Agustín por propia experiencia el favor de Dios en la obra de salvación de todos, en las *Confesiones* exclama: «Oh tú, omnipotente y bueno, que así cuidas de cada uno de nosotros, como si no tuvieras más que cuidar, y así de todos como de cada uno»³⁹.

37 *Enarraciones sobre los Salmos*, 26, sermón 2º, 17: BAC 235, 283.

38 *Sermón 293*, 8: BAC 448, 197-198.

39 *Confesiones*, III, 11, 19: BAC 11, 151

ALGUNAS INTUICIONES ENTRE LOS PAGANOS SOBRE DIOS Y LA RELIGIÓN

Una de las ideas básicas que aparecen en la muy extensa y fértil obra agustiniana *La ciudad de Dios* es la de poner fin al mito de los ciclos cósmicos con los que la cultura helénica quería interpretar el curso de los tiempo de la humanidad. El cristianismo ha de comprender la historia no como cíclica, sino rectilínea, de cara al futuro, aunque no como un progreso siempre ascendiente e irreversible, sino como un itinerario que abarca todo el devenir de los tiempos, y que se realiza bajo la guía de la providencia divina favorable al bien y con actuación de la libertad humana, capaz de acertar o de desviarse.

Por todo ello Agustín se muestra muy atento a observar y discernir los acontecimientos, según correspondan a cada uno de las dos ciudades: la de Dios y la del maligno espíritu, llamadas también la celeste y la terrena, simbolizadas por las ciudades de Jerusalén y Babilonia, divididas entre sí respectivamente por el amor e impulso firme hacia Dios, o por la vinculación a lo terreno, basada en el orgullo, el egoísmo y el desapego de Dios. El autor de *La ciudad de Dios* irá desvelando bajo esas coordenadas, la desgraciada situación de la sociedad pagana y la maravillosa acción providencial de Dios que se manifiesta en su revelación y obra salvadora, iniciada primero en Israel, pero con destino a la obra universal de salvación. Al mismo tiempo trata el Obispo de Hipona de descubrir en el mundo pagano algunos signos de la bondad divina que se va insinuando dentro de los pueblos de la gentilidad.

En los primeros libros de esta obra presenta unos estudios muy detallados e incisivos sobre las ideas y prácticas religiosas vigentes en el Imperio romano. A la vez que describe particularidades del culto y de los ídolos característicos de la sociedad romana, tanto la más antigua como la que se ha ido ampliando a raíz de las conquistas realizadas por el Imperio, va analizando su falta de solvencia y se percata de que los pensadores más inteligentes y distinguidos, aunque respetaran exteriormente la organización religiosa estatal no valoraban como valioso su contenido que no estaba basado en principios intelectualmente válidos, ni en fuentes históricas de solvencia.

Donde Agustín descubre atisbos de un conocimiento religioso de valor es en el pensamiento de determinados filósofos, algunas de cuyas enseñanzas ya habían sido valoradas por los apologetas y Padres de la Iglesia anteriores, de tal modo que incluso algunos hablaron de una *revelatio minor*, o sea, que la Providencia había de algún modo promovido dicha labor como una preparación en vistas a la difusión de la fe cristiana. Se mostraba especialmente propenso a reconocer como propedéuticas las nociones de Platón acerca de Dios como causa de todo bien, que a él le habían servido para dar los primeros pasos hacia su conversión al cristianismo. Este aprecio le lleva a reconocer a dicho filósofo como en cierta medida cercano a la enseñanza cristiana y así lo expresa en el libro octavo de *La ciudad de Dios*, con estas palabras:

Si Platón dijo que el sabio es aquel que imita, conoce y ama a este Dios cuya participación le hace feliz, ¿qué necesidad hay de examinar a los demás [filósofos]? Ninguno de ellos está tan cerca de nosotros, como ellos. Ceda ante ellos la teología fabulosa que recrea los ánimos de los impíos con los crímenes de los dioses. Ceda también la [teología] civil, en que los impuros demonios bajo el nombre de dioses sedujeron con placeres terrestres a los pueblos a ellos entregados y tuvieron a bien considerar los errores humanos como honores divinos; incitaban así con los más inmundos afanes a sus adoradores a la contemplación escenificada de sus crímenes como manera de darles culto, y se proporcionaban a sí mismos de parte de los espectadores escenas más detestables⁴⁰.

Pone también muy de relieve que los filósofos griegos que siguieron tales derroteros supieron reconocer a Dios como ser trascendente, espiritual e inmutable:

Estos filósofos, pues, que vemos justamente preferidos por la fama y la gloria a todos los demás, reconocieron que Dios no es cuerpo; y así en la búsqueda de Dios trascendieron todos los cuerpos. Vieron que ninguna cosa que cambia puede ser el Dios supremo. Comprendieron, además, que en cualquier cosa mudable, toda forma que le hace ser lo que es, de cualquier modo o naturaleza que sea, no puede tener exis-

40 *La Ciudad de Dios*, VIII, 5: BAC 171, 489-490.

tencia sino de quien verdaderamente existe, porque existe sin poder cambiar⁴¹.

Otras realidades de la sociedad pagana a las que Agustín presta alguna atención por su vinculación con el sentido religioso de los pueblos de la antigüedad son los fenómenos de un cierto conocimiento enigmático o de una clarividencia respecto de cosas ocultas o futuras. Donde pone su principal atención es en las Sibilas, mujeres famosas por sus predicciones, en las cuales no pocos cristianos reconocían un cierto don divino, que les daba un carácter en cierto modo semejante al del don de profecía, y que a veces parecía apuntar hacia el misterio de Cristo salvador del mundo.

En *La ciudad de Dios* san Agustín dedica el capítulo 23º del libro 18º a comentar un cántico (*Iudicii signum*) de la sibila de Eritrea o de Cumas (que muchos consideran que se trataba de la misma persona) en el cual además de acróstico formado por las iniciales griegas de la famosa profesión de fe cristiana que traducida al latín dice: *Iesu Cristus Dei Filius Saslvtor*. Es muy posible que en este canto, tal como lo transcribe Agustín, aparezca una intervención cristiana, como es el caso de otros textos del género de vaticinios sibilinos. Sin embargo, el santo le presta atención, sobre todo por su similitud con los augurios de la famosa égloga IV de Virgilio, que siendo anterior a la era cristiana dio ocasión a que muchos descubrieran en ella una posible forma de inspiración sobre el misterio de Cristo Salvador universal. Sobre este oráculo el obispo de Hipona se expresa así.

Por otra parte, esta Sibila de Eritrea, o cómo piensan otros de Cumas, en toda la profecía, de la que es una mínima parte lo citado, no tiene parte alguna que pueda referirse al culto de los dioses falsos o fabricados. Antes bien, habla tan abiertamente contra ellos y contra sus adoradores que parece debe ser catalogada entre los que pertenecen a la ciudad de Dios. También Lactancio incluye en una obra

41 *Ibid.*, VIII, 6: BAC 171, 493-494. Otras valoraciones positivas sobre Platón y otros filósofos seguidores suyos pueden verse en los capítulos 8º y 9º del mismo libro.

suya algunos vaticinios de la Sibila sobre Cristo, aunque sin decir de quién son⁴².

En cuanto a la mencionada *Égloga IV* de Virgilio, Agustín expresa cierta cautela advirtiendo que no considera a Virgilio como investido de un don profético, pero piensa que algunos de sus versos son expresivos de la difusión de ciertas ideas, sobre la venida de un salvador, que provendrían de la difusión del judaísmo o de los oráculos sibilinos. Como otros Padres de la Iglesia o escritores cristianos, el obispo de Hipona trata de descubrir posibles indicios de una acción providencial de Dios, que haya propiciado la propagación de ciertas ideas de algún modo afines a la auténtica revelación divina de los misterios de la Salvación. Esa confianza en una especial providencia respecto de la futura difusión del cristianismo entre los paganos la expresaba san Agustín diciendo que «en los libros de los gentiles se encuentran testimonios a favor de la verdad⁴³.

Con razón, el filósofo ruso Nikolai Berdiaeff escribía: «Verdaderamente hemos de admitir que la conciencia europea descansa sobre dos principios primordiales: el principio helénico y el hebreo. De la conjunción de estos dos principios fundamentales surgió el mundo cristiano, que estableciendo una unión orgánica entre dos grandes culturas antiguas, formó a su vez un mundo nuevo»⁴⁴.

El fecundo poeta hispano-romano Aurelio Prudencio, contemporáneo de Agustín y profundo conocedor de la cultura y las instituciones romanas, fue un ferviente cristiano que dedicó toda su copiosa producción literaria a ensalzar la fe y las virtudes del pueblo que ha sido regenerado en Cristo y la gloriosa transformación del Imperio, cuyo espectacular desarrollo considera él que la Providencia le ha conferido a fin de que la fe cristiana más eficazmente pudiera propa-

42 *La ciudad de Dios*, XVIII, 23: BAC 172, 456-457. A san Agustín fue atribuido un sermón en el que se trata del *Iudicium signum*, pero que en realidad es del obispo africano Quodvultdeus, contemporáneo suyo, sermón que en la liturgia medieval se leía en los maitines de Navidad, lo cual dio gran popularidad a la figura de la Sibila a la cual alude también la secuencia litúrgica *Dies irae*.

43 *Comentarios a la Carta a los Romanos*, 3: PL 35, 2089.

44 BERDIAEFF, N., *El sentido de la historia*, Barcelona 1936, p. 36. Citado en *Notas complementarias a La ciudad de Dios*: BAC 172, p. 994.

garse. En una de sus obras poéticas, aludiendo a la victoria de Constantino, pone en boca de este emperador que a vista de la urbe romana exclama: «Veo que se ciernen sobre ti [Roma] oscuras sombras y que ennegrecidas almas vuelan hacia los tristes ídolos. Te lo aconsejo: levanta tus ojos hacia el cielo claro y deja bajo tus pies estos nubosos elementos. Todo lo que procede del mundo te está sometido; así lo ha determinado el Dios único, por cuya voluntad dominas e imperas en todo el orbe y con poder tienes bajo tus plantas los demás reinos»⁴⁵.

SABIDURÍA Y RELIGIÓN ENTRE LOS HISPANOS

Pocos y fragmentarios son los testimonios acerca de los habitantes de la península Ibérica, anteriores a sus contactos con las empresas del comercio y la colonización llegada desde oriente, como son los fenicios, griegos y cartagineses. Las noticias que los escritores helénicos y romanos transmiten sobre este asunto son simples relatos de narraciones míticas y leyendas populares. Conocemos, sin embargo, especialmente a través de hallazgos y excavaciones la existencia de una cultura elevada, como es el caso del reino de Tartessos, las urbanizaciones y las perfectas esculturas de los iberos asentados en las costas del Mediterráneo, y los logros culturales de los celtas llegados desde el norte.

No cabe duda de que fueron notables los influjos recibidos desde los imperios agrarios del oriente medio, pero es evidente que hay otras fuentes de la cultura hispánica muy anteriores y que se relacionan con pueblos lejanos, como ya en el neolítico quedan de manifiesto por ejemplo con la difusión del vaso campaniforme. A un desarrollo autónomo de la cultura hispana y de sus diversificadas relaciones aludieron ya arqueólogos muy competentes, como es el caso de Bosch-Gimpera y otros, así como el también estudioso arqueólogo alemán afincado en Menorca Waldemar Fenn, del que se ha tratado al principio de este trabajo, el cual consideraba que san Agustín de algún modo apoyaba esa misma opinión.

45 *Contra Simmachum*, 1, 423-429: BAC 58, 388.

La referencia agustiniana a este tema aparece en el capítulo 9º del libro VIII de *La ciudad de Dios*. Después de haber tratado de los filósofos, y especialmente Platón y los más fieles seguidores de su escuela, amantes de la verdadera sabiduría que les hace descubrir un camino hacia el único Dios, se abre el capítulo en el que se refiere a diversos pueblos en los que ha habido personas destacadas por esa sabiduría con tendencia a conocer a Dios He aquí sus palabras:

Por tanto cualesquiera filósofos que han reconocido al verdadero y supremo Dios como autor de las cosas creadas, luz de las cognoscibles y bien de las que han de practicarse, que es el principio de nuestra naturaleza, la verdad de nuestra doctrina y la felicidad de nuestra vida: ya sean los llamados propiamente platónicos o de cualquier otra denominación que hayan dado a su secta; sean sólo de la escuela jónica, que fueron los principales entre ellos, los que han tenido esta opinión, como el mismo Platón y los que mejor le entendieron; o sean también los itálicos, teniendo presentes a Pitágoras y los pitagóricos, o también otros que ha podido haber de la misma opinión; sean cualesquiera de los tenidos por sabios y filósofos entre las otras naciones, los atlánticos, los libios, egipcios, indios, persas, caldeos, escitas, galos, hispanos y demás: a todos los que hayan pensado así y enseñado estas doctrinas los anteponemos a los demás y confesamos que están más cercanos a nosotros⁴⁶.

Esta lista de pueblos de variada situación geográfica, que se extiende a los confines del Imperio romano incluyendo las tierras más occidentales del mundo antiguo, puede tener una lectura amplia significando que hombres de diferentes culturas y razas contaban con personas inteligentes que alcanzaron un conocimiento del Dios único, cuya bondadosa providencia de este modo se les manifestaba. A ello se refiere san Agustín diciendo: «También es de creer que fuera de Grecia han existido filósofos en otros pueblos. Lo cual hasta el mismo Platón lo ha afirmado, no sólo viajando para perfeccionar su sabiduría, sino que también lo recuerda en sus escritos»⁴⁷.

46 *La ciudad de Dios*, VIII, 9: BAC 171, 499-500.

47 *Ochenta y tres cuestiones diversas*, 46, 1: BAC 551, 122.

Aparte de esta mención agustiniana sobre filósofos hispanos, hay también otros indicios del interés que despertaban en el obispo de Hipona las personas y los acontecimientos relativos a España. Es bien conocido el singular influjo que diversas personas de España, destacadas por sus dotes de inteligencia y sabiduría ejercieron en el Imperio romano, a lo cual debió contribuir el prestigio de que gozaba la península ibérica pos su avanzada cultura anterior a la conquista romana, a la que se refería el humanista Luis Vives al decir que «antes que se descubriesen las minas de oro y plata, hubo pocas guerras y muchos que filosofaron, y los pueblos vivieron santamente en paz y tranquilidad»⁴⁸. San Agustín, sin duda, valoraba positivamente los valores culturales de la España romanizada. Y más aún apreciaba los testimonios de vida cristiana, como se comprueba en su predicación y epistolario.

En honor del mártir san Vicente, diácono de Zaragoza inmolado con terrible y glorioso martirio en Valencia a principios del siglo cuarto se celebraban en el África proconsular fervorosas memorias. Se han conservado cuatro sermones de san Agustín en el día de esa conmemoración. Sin duda las características de su martirio y de la admirable conservación de sus reliquias impresionaban a los fieles a mucha distancia del lugar de su martirio. El obispo de Hipona lo ponía de relieve en sus sermones, y decía:

Mostremos la gloria que poseen los mártires incluso en este mundo. ¿Qué región, qué provincia dentro del Imperio romano o hasta donde llega el nombre cristiano, no se alegra hoy de celebrar el nacimiento [para el cielo] de Vicente? ¿Quién hubiese escuchado hoy, aunque sólo fuera el nombre de Daciano [el juez que le condenó], de no haberse leído la pasión de Vicente? En el hecho de que el Señor haya custodiado con tanto esmero el cuerpo del mártir, ¿qué otra cosa manifestó sino que él había dirigido en vida a quien no abandonó una vez muerto? Así, pues, Vicente, tanto en vida como una vez muerto, venció a Daciano. En vida despreció los tormentos; ya muerto atravesó los mares. Pero el que le otorgó un ánimo invicto entre los garfios de hierro, él

48 Texto que probablemente procede de los comentarios de Vives a la edición de *La ciudad de Dios* (Ginebra 1622). El texto en español alegado en las Notas complementarias de la edición de la BAC 171, p. 830.

mismo dirigió su cadáver exánime en medio de las olas. La llama de la tortura no doblegó su corazón, ni el agua del mar cubrió su cuerpo. Pero en este y otros sucesos no se manifiesta otra cosa sino que *la muerte de sus santos es preciosa delante del Señor (Sal 115,15)*»⁴⁹.

A una joven mártir, tan lejana del país de san Agustín como es santa Eulalia de Mérida, notable tanto por su juventud como por su valentía en la profesión de fe, la menciona el obispo de Hipona en un sermón predicado en Cartago en la fiesta de san Cipriano del año 397, donde la designa como «Santa Eulalia, de la provincia de España, mujer santa y fuerte que con su amor venció a su sexo»⁵⁰.

A principios del siglo quinto las tierras del Imperio romano experimentan el problema de invasiones y desordenes que trastornan la vida en muchas provincias o regiones. San Agustín padecerá estas calamidades hasta el tiempo de su muerte que ocurrirá en el año 430, estando la ciudad de Hipona asediada por los vándalos. En el año 409 España sufrió las primeras invasiones de vándalos suevos y alanos. Un presbítero llamado Victoriano le escribe al santo pidiéndole que les conforme espiritualmente. Agustín le contesta con un largo escrito epistolar en el que trata de exhortar a la confianza en la bondad y la providencia de Dios, después de recordarle que lo mismo está ocurriendo en muchos lugares del mundo, dice así:

Hace muy poco tiempo, en aquellas soledades de Egipto, en que los monasterios, apartados de todo estrépito, parecían estar a cubierto de toda contingencia, fueron degollados los hermanos por los bárbaros. Creo que no ignoras las atrocidades que ahora se cometen en las Galias e Italia. Ya han comenzado a llegar noticias semejantes de las numerosas regiones de España, que durante tanto tiempo parecían exentas de tales atrocidades. [...] Estas cosas no deben causarnos extrañeza, sino dolor. Tenemos que suplicar a Dios que nos libre de tanta aflicción, no según nuestros méritos, sino según su grande misericordia»⁵¹.

49 *Sermón 276, 4: BAC448, 23.*

50 *Sermón 313-G, 3: BAC 448, 588-589.*

51 *Carta 111, 1-2: BAC 69, 822-823.*

Ante la actitud de algún obispo que huía del lugar de su sede ante el peligro de la invasión de los bárbaros y trataba de justificarse por las palabras de Jesús: *Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra...* (Mt 10,23), Agustín en 429, o sea un año antes de su muerte, replicaba: «Eso es cierto y aceptable, más para aquellos que no están atados por los lazos de un oficio eclesiástico»⁵². Poco después, sin embargo hacía una aclaración respecto de ciertos casos ocurridos en España: «Nadie dice que deban quedarse los ministros cuando ya no tienen a quien servir. Así huyeron en España algunos obispos santos cuando con anterioridad su pueblo quedó en parte muerto en la huida, en parte asesinado, en parte caído en el asedio y en parte dispersado en la cautividad»⁵³.

Port unas cartas, modernamente encontradas, que en el año 419 enviaba a Agustín desde las islas Baleares un teólogo laico llamado Consencio, que ya era conocido por otros documentos del epistolario agustiniano, se le hablaba acerca de «los priscilianistas, que tanto pululaban en España, que parece que sólo ellos no han notado la presencia de los bárbaros»⁵⁴. En otra carta también del año 419 Consencio informa a san Agustín de los acontecimientos referentes a la presencia en Menorca de unas reliquias de san Esteban y de la conversión de los judíos de Mahón, tal como se relatan en la carta circular del obispo Severo de Menorca, fechada el año anterior 418⁵⁵. No sabemos que el obispo de Hipona haya hecho referencia en sus escritos a ese acontecimiento, sobre el cual quizás no tuviera una opinión totalmente favorable acerca del modo como se había llevado a cabo esa masiva incorporación al cristianismo de dicha comunidad judía.

* * *

Aunque la vida de san Agustín se desenvolvió en unos espacios geográficos bastante limitados del África Proconsular, la *sicca Numidia*, y de algunas regiones de Italia durante unos cinco años, su admirable inteligencia y su delicadeza de sentimientos, se manifestaron

52 *Carta 228*, 4: BAC 99-b., 366.

53 *Carta 228*, 5: BAC 99-b., 367.

54 *Carta 11**, 1: BAC 99-b., 622.

55 *Carta 12**, 13: BAC 99-b., 652-653.

con un carácter de universalidad que ha resplandecido por todo el mundo. Su visión cristiana ha configurado pueblos y civilizaciones e incluso ha penetrado en las más antiguas y diversificadas culturas de la humanidad. Esto se explica también por la apertura de horizontes que caracterizó su pensamiento cristiano. Así lo corrobora, entre otras muchas manifestaciones suyas, esta que se encuentra en su magnífica obra *La ciudad de Dios*, que con razón puede considerarse como una enseñanza de «teología de la historia»:

Hemos dicho en el libro precedente que desde el principio le fueron prometidas a Abrahán dos cosas: la una que su descendencia había de poseer la tierra de Canaán. Lo que expresan estas palabras: *Vete a la tierra que te mostraré, y haré de ti un gran pueblo* (*Gn 12,1-2*). La otra, mucho más excelente, no se refiere a la descendencia carnal, sino a la espiritual. En virtud de ella [Abrahán] es padre no sólo del pueblo de Israel, sino de todos los pueblos que siguen la huella de su fe; promesa que se comenzó con estas palabras: *Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo* (*Gn 12,3*). Y después hemos demostrado en muchísimos testimonios que se renovaron estas promesas⁵⁶.

La enseñanza de san Agustín sobre universalidad de la revelación divina destinada a todo el mundo, que se va manifestando tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo es lo que hemos querido reflejar en el presente trabajo. Dante Alighieri en su obra *La monarquía*, aludiendo a dicha obra del santo lo expresaba diciendo: «Sólo la reja del arado parte la tierra; pero para que pueda hacerlo son necesarias también las demás piezas del arado»⁵⁷.

GUILLERMO PONS PONS

56 *La ciudad de Dios*, XVII, 2: BAC 172, 329-330.

57 DANTE ALIGHIERI, *La monarquía* III, 4, 7. *Obras completas*: BAC 157, 729.